



Revista Mexicana de Investigación Educativa

ISSN: 1405-6666

revista@comie.org.mx

Consejo Mexicano de Investigación Educativa,
A.C.

México

Padilla Arroyo, Antonio
Reseña de " Obedecer, servir y resistir. La educación de las mujeres en la historia de México" de
María Adelina Arredondo
Revista Mexicana de Investigación Educativa, vol. 9, núm. 21, abril-junio, 2004, pp. 551-558
Consejo Mexicano de Investigación Educativa, A.C.
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14002112>

- [Cómo citar el artículo](#)
- [Número completo](#)
- [Más información del artículo](#)
- [Página de la revista en redalyc.org](#)

 redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Reseña

Arredondo, María Adelina (2003) (coordinadora). *Obedecer, servir y resistir. La educación de las mujeres en la historia de México*, México: UPN/Miguel Ángel Porrúa

DE LAS VARIADAS Y NOBLES MANERAS DE EDUCAR A LAS MUJERES

ANTONIO PADILLA ARROYO

La renovación historiográfica que, sin duda, ya no lo es tanto si hemos de considerar que tiene, cuando menos, tres décadas de haberse gestado, dio la oportunidad para incursionar en el estudio de nuevos temas y preguntas, así como para modificar las fuentes y explorar otras a partir de nuevas lecturas, con categorías y métodos de investigación que el estudioso, en este caso las estudiosas, han incorporado para fabricar sus productos históricos.

Las relaciones de poder, la violencia y la exclusión educativa, las profesiones y las comunidades científicas, las normas y las instituciones escolares —entre las que pueden citarse las escuelas especiales, las secundarias, profesionales y superiores—, y actores —como la infancia, las mujeres, los indígenas— se han constituido en espacios de interés para la historia social, la historia de la educación y la historia cultural. Una y otra se han nutrido de las propuestas metodológicas y conceptuales de la ciencia política, la sociología, la antropología, la pedagogía y la semiótica, por mencionar algunas, recreando los modos de utilizar las fuentes documentales e integrando otras como, por ejemplo, las iconográficas, los textos escolares y los manuales de urbanidad, la correspondencia y las memorias personales que, en varios de los trabajos, se emplean y que están al servicio del interesado, así como enriqueciendo la narración, interpretación y el análisis histórico.

Antonio Padilla Arroyo es profesor-investigador del Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, av. Universidad 1001, col. Chamilpa, CP 62210, Cuernavaca, Morelos, CE: apadilla@buzon.uaem.mx

La obra que coordina Adelina Arredondo reúne 16 textos que acometen la difícil labor de desentrañar uno de los temas más complejos y al mismo tiempo menos examinados dentro de la historiografía de la educación en México. Con excepción del trabajo de Federico Lazarín Miranda, en el que analiza la educación técnica de la mujer entre 1872 y 1932, el resto de los pasajes fueron escritos por mujeres, lo que no es un asunto menor en tanto que revela la importancia y la toma de posición que ellas mismas han asumido ante la necesidad de develar y rescribir su historia o, con mayor precisión, sus historias, sin que esto, por lo demás, excluya a hombres que también forman parte de esas historias y que contribuyen con sus actos y plumas a elaborarlas.

Ahora bien, creo que uno de los motivos que guiaron a Arredondo cuando convocó a un grupo de investigadoras para que contribuyeran con su experiencia personal y disciplinaria, con sus reflexiones y su labor inquisitiva a tejer trozos del lienzo que componen el pasado educativo de las mujeres fue precisamente ofrecer al lector una muestra de toda la riqueza y el arsenal con el que las estudiosas se arman para acometer —en los intersticios de la historia— la educación de las mujeres. El producto de ese empeño se convirtió en una de las principales aportaciones de este libro. Vale destacar que gran parte de las autoras tienen una amplia y reconocida trayectoria en el ámbito de los estudios históricos de la educación y, algunas de ellas, en la historia de las mujeres que nos son familiares.

También están presentes nuevas investigadoras que han incursionado y labrado este terreno con esmero y tenacidad. Una ojeada a las autoras basta para corroborar esta afirmación: Pilar Gonzalbo, Dorothy Tanck, Anne Staples, Luz Elena Galván, Valentina Torres Septién, Mílada Bazant, María de Lourdes Alvarado, Belinda Arteaga, Elvia Montes de Oca, Adelina Arredondo, Oresta López, María del Carmen Gutiérrez, así como el propio Federico Lazarín.

Conviene advertir que los textos que conforman la polifonía narrativa del libro no tienen como punto de partida la teoría de género ni menos una postura, al menos no explícitamente, pero sus autoras no dejan de deslizar su simpatía y solidaridad con sus congéneres. En ellas no hay juicios temerarios en favor de unas y en contra de otros, sino relato, análisis y explicación de las circunstancias que rodean y moldean a las principales protagonistas de esta historia, de sus transformaciones y permanencias. Los personajes son niñas y adolescentes, jóvenes y adultas, indígenas y

mestizas, pobres y ricas, viudas y huérfanas, solteras y casadas. También recatadas y adúlteras, virtuosas y prudentes, analfabetas y cultas, todas con aspiraciones y demandas para ser educadas y recibir educación y provenientes de todos los grupos que, en conjunto, han conformado y conforman el mosaico de la sociedad mexicana. Todas ellas toman la palabra, hablan, tienen voz propia, aunque a veces sólo musitan o susurran, a la vez visibles e invisibles. Ahí están y son de diversos modos. En cada uno de los trabajos están presentes.

Pero no son las únicas figuras. Igualmente se dibujan, con mayor o menor intensidad, según los pinceles, los colores y las tonalidades que utilizan las autoras y el autor, padres, hermanos, tutores, confesores, preceptores, intelectuales y profesionistas; también aparecen instituciones como la familia, la Iglesia, el Estado, el beaterio, las casas de recogimiento, los colegios, los liceos, el internado, las escuelas públicas o privadas, confesionales o laicas, en sus diversos niveles y ciclos. Actores e instituciones que procuran o demandan de ellas obediencia, servicio, disciplina, autocontrol, adorno, refinamiento, dulzura, paciencia, resignación, buen trato y buen gusto: es decir, actitudes, conductas, valores e ideas, hábitos y estilos de vida que, según los discursos y las prácticas de unos y otras, son atributos “femeninos” o “propios del sexo”.

En los trabajos se develan facetas y matices de la educación de las mujeres, de los aprendizajes centrados en la construcción e inculcación de lo “femenino”, de la particularidad de las palabras, los gestos y las representaciones irreductibles de su condición moral, social y biológica, es decir, lo cultural en el más amplio sentido de la palabra.

Las autoras ponen de manifiesto que uno de los objetivos de la educación de y para las mujeres era inculcar y forjar una estructura sentimental, moral e intelectual que las llevara a asumir, sin conflictos y sin tensiones –lo cual no quiere decir que no se presentaran– la función primordial a las que estaban reservadas: la reproducción biológica y social de la familia y, con ella, de la sociedad.

Arredondo, al organizar los textos en apartados específicos, abre la posibilidad de realizar otra interpretación, una lectura distinta que, si bien no contradice las tesis centrales sí las matizan, lo que interpela las funciones, las tareas que se le atribuían en la organización social y así objetar el destino que su situación, supuestamente, les imponía. Precisamente, los subtítulos que acompañan a las secciones aproximan al lector

a las mutaciones que fueron presentándose lo largo de las épocas de estudio y a las persistencias en el arte y la ciencia de educar a las mujeres, así como a los actores y las instituciones que se agenciaron la responsabilidad de instruirla, tal vez más que de educar, a las mujeres y de forjar “lo femenino”.

En efecto, esos agentes compartieron una idea acerca del papel de la mujer que era común para producir representaciones e inducir prácticas socializadoras, en particular las educativas. Esto no significa que compartieran los mismos objetivos y los mismos medios para su educación. Así, las colaboraciones muestran la historicidad de la educación de las mujeres, de los espacios y los tiempos en que se desarrolló tanto la condición de las mujeres como los imaginarios, las imágenes y las prácticas culturales en las que su vida transcurría. Tal vez uno de los fines más duraderos en la travesía por constituir lo femenino haya sido la labor que desempeñaron dentro de la economía doméstica. Los tres saberes femeninos por antonomasia (coser, cocinar y lavar) son primordiales no sólo porque garantizan la recreación material y social sino porque representan funciones y rituales esenciales de “lo femenino”, a saber la pubertad, la entrada a la vida conyugal y a la vida procreadora. Varios de los textos ofrecen una visión de los modos de transmisión y el aprendizaje de esos saberes y de esos rituales que simbolizaban y significaban el paso de las mujeres a otras edades, a nuevas funciones biológicas, así como la mutación y el reemplazo de las generaciones (ver Chartier, 2000).

El libro se divide en cinco partes: “Para que las mujeres sepan servir a Dios y al Rey”, “Para que las mujeres ayuden a formar ciudadanos”, “Para que las mujeres sean pilar de la familia y del orden social”, “Para que las mujeres trabajen y sean útiles a la sociedad” y “Para que las mujeres se eduquen para sí”. Al mismo tiempo, la forma de agrupar y organizar los textos permiten aproximarse, con suficiente certeza, a las mutaciones que tuvieron los objetivos y los medios para la formación de las mujeres y que, en gran parte, fueron respuestas a sus empeños por apropiarse y convertir la educación en un acto creativo y productor de nuevas circunstancias para satisfacer una porción de sus propias necesidades y aspiraciones. De este modo, pueden ser interpretados los testimonios sobre su capacidad para asumirse como sujetos de la historia, a pesar de las resistencias que opusieron tanto los actores –intentando constreñirlas– como las instituciones –que pretendían contenerlas– en los espacios público y privado.

El esfuerzo desplegado por las autoras y por el autor es fecundo, por lo que el libro cumple con creces su finalidad, esto es, presentar un repertorio de actores, instituciones, actividades, ideas, valores, hábitos, medios y fines; en otras palabras, las representaciones y las prácticas que estuvieron y han estado presentes en los proyectos y en las políticas educativas hacia las mujeres. Así se iluminan fragmentos del mosaico que ha sido el pretérito educativo de las mujeres. Mediante sus relatos dan cuenta de la diversidad geográfica, social y cultural, de la amplia gama que adoptó la educación de las mujeres. Por ejemplo, se examinan algunos casos de Chihuahua, Estado de México, Michoacán y, por supuesto, la ciudad de México. Es cierto que no todas las regiones ni todos los sectores sociales recibieron el mismo tratamiento ni la misma profundidad y, por lo tanto, no puede afirmarse que el tejido esté completo, pero no es obstáculo para inferir algunas tendencias que se expresaron como parte de los procesos educativos específicos que crearon y reprodujeron las mujeres junto con otros actores.

Todo esto posibilita nuevas lecturas y, con ello, permite develar dimensiones inéditas de los procesos más amplios y complejos que ocurrieron en las sociedades. De esta manera, los materiales amasados por las autoras sugieren permanencias y modificaciones en “lo privado” y de “lo público”, según los tiempos y los lugares, es decir, de la sociedad colonial a la época cardenista, del siglo XVI al XX, en las funciones que desempeñaban las mujeres, pero también en los roles de los “otros” actores y de las mismas instituciones, así como identificar expectativas y comprender las maneras en que se presentaron.

Las mutaciones de la sociedad tradicional –o del antiguo régimen– a la moderna, se quisiera o no, obligaban una nueva redefinición de la educación de las mujeres –lo que facilitaba su incorporación a otros saberes– aun y cuando fueran acotados y delimitados. Por ejemplo, la apertura a profesiones que si bien estaban en función de los discursos y prácticas acerca de su condición social y biológica, no dejaban de representar una nueva oportunidad para desplegar habilidades y destrezas específicas y, sobre todo, aprovechar y apropiarse de representaciones, conocimientos y prácticas para responder a sus propias necesidades afectivas, intelectuales y materiales. O, en contrapartida, los afanes de especialistas para expropiar, apropiarse y legitimar un campo de conocimientos que había sido casi exclusivo de las mujeres y que guardaba una estrecha relación con

significados culturales más íntimos, es decir, con representaciones y prácticas asociados con rituales femeninos, como el paso de la infancia a la mujer, de la inocencia a la procreación y a los usos para asistirle en el parto que indican la redistribución de papeles.

Por lo tanto, es deseable profundizar en el estudio de la vida escolar que forjaron, sobre todo en momentos muy significativos en el proceso de educación femenina, junto con otros actores, como en el caso de los primeros ensayos de las escuelas mixtas donde niños y niñas concurrieron por primera vez a un espacio común y compartido, así como en las propuestas de la coeducación. Sin duda alguna, estas experiencias contribuyeron a que los hombres y mujeres se miraran y se percibieran de otro modo y, como ha documentado la historiografía de la educación, así como a comprender y explicar las tensiones y los conflictos ante tales propuestas, las más de las cuales provinieron de otros mundos y de otras instituciones, tales como el de los adultos y la iglesia católica.

Acaso es preciso examinar con mayor detalle cuál fue la naturaleza y el sentido de los cambios entre los espacios público y privado, del supuesto y del real confinamiento de la mujer en el hogar que, al convertirse en un territorio para la expresión de las virtudes femeninas, ampliaba el espacio público en las que dominaban y que regulaban por ser ellas las gestoras de la economía política doméstica, como acontecía en las tertulias y las reuniones familiares y de amigos en las cuales la niña, la joven, la adulta –en una palabra la mujer– mostraba sus atributos, aprendidos y ensayados en un meticuloso proceso de observación y vigilancia. También estudiar los efectos culturales que provocó que la mujer incursionara en territorios materiales y simbólicos de “lo público”, esto es, desde la educación básica hasta la superior, así como en distintos ámbitos de la cultura, de la “República de las Letras”, y en la política mediante la creación de organizaciones sociales y políticas que ellas mismas decidían para la movilización a favor y aún en contra de sus derechos y reivindicaciones.

Con todo, es posible sostener que ni todas las mujeres ni todas las clases sociales tuvieron las mismas oportunidades para aspirar o para otear nuevos horizontes y, aún más, cuando esto ocurrió fue excepcional, tan excepcional como los tiempos y los ritmos que marcaron el acceso a todos niveles educativos superiores y a los espacios públicos de otros sectores de la población, entre ellos las clases trabajadoras y populares que igualmente percibían obstáculos para su inclusión en el mundo de “lo público”.

Así, la excepción se transforma en casos paradigmáticos al revelar un campo social y cultural, tal y como la define Bourdieu, con convergencias y luchas dentro del espacio social, que habría que ampliar y aprovechar. Este campo fue el de la escritura porque posibilitó transmitir sus sentimientos, sus afectos, sus emociones, sus pensamientos, sus actos y hacer visible al –conjunto social– la estructura sentimental de las mujeres, tal y como lo ejemplifican varios de los textos, ya fuera por medio del periodismo, las cartas personales o los manuales de urbanidad.

Sin necesidad de realizar un repaso cronológico o temático del libro y más bien desde la simultaneidad con la que pueden leerse los textos, es posible intuir la importancia que tuvo para las mujeres transitar de la negación a la experiencia de la escritura, de la lectura en voz alta –que imponía los modos de inculcar valores, preceptos, ideas y práctica– a lectura en voz baja –que facilitaba la ruptura del monopolio de la interpretación–, de la escritura de los “otros” y, en su lugar, la escritura íntima o del “yo”, del espacio familiar a la república de las letras, del convento a la universidad, del hogar a la plaza pública, abandonando con ello la posición de marginalidad que habían ocupado.

Por lo tanto, el libro puede también leerse no sólo desde la obediencia sino desde la trasgresión, desde la resistencia pero también desde la apropiación, desde la sumisión aunque, de igual modo, desde la rebeldía y la liberación. Las autoras y su autor congregados en la obra contribuyen de esta manera a mostrar cómo una y otras están presentes con sus sombras y luces en la historia de las mujeres que, viéndolo bien, es también la historia de los hombres y de la sociedad mexicana. De cualquier modo, tras la lectura del volumen tengo una impresión que expongo a manera de hipótesis: la presencia y la visibilidad de las mujeres adquiere mayor claridad en los momentos de crisis y sacudimientos sociales; es cuando ellas han logrado mayores espacios y una vez que los superan se pretende contenerlas y acotar sus territorios de expresión. En efecto, las mujeres regresan a sus tareas cotidianas, pero las preguntas se acumulan y se tornan inquietantes: después del desorden, de la inestabilidad, de la condena moral y social, ¿nada habría cambiado?, ¿la educación de las mujeres, su sensibilidad, sus gustos y predilecciones no tuvieron mayores cambios? Y los actores y las instituciones, ¿no registraron y no tuvieron que admitir nuevas ideas y prácticas en torno a ellas? El conjunto de los textos apuntan a andar caminos a fin de responderlas.

Por último, es muy recomendable revisar la amena y completa introducción de Adelina Arredondo porque destaca las aportaciones que realizan las autoras y el autor y permite contextualizar las transformaciones que se originaron en las diferentes etapas de la historia de la educación de las mujeres.

Referencia bibliográfica

Chartier, Roger (2000). *El juego de las reglas: las lecturas*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 41-42.

De venta en librerías de la UAM y otras

signos

HISTÓRICOS

<p>1 R. Chartier, B. Connaughton, N. Silva, M. Ortega Soto, B. García Gutiérrez, C. Illades, V. Díaz Arciniega, J. Mac Gregora</p>	<p>6 J. Lafaye, H. Krumpel, F. González-Hermosillo, G. de Amézola, M. Rodríguez</p>
<p>2 M. Ferro, E. Pani, C. Zuleta, R. Forte, L. Uthoff, P. Fogelman,</p>	<p>7 <i>Hitos y mitos de la historia religiosa mexicana</i> B. Connaughton, A. Ibarra, G. Santillán, J. Traslosheros, R. Curley</p>
<p>3 <i>Nuevas miradas a la historiografía</i> C. Hale, A. Matute, C. Aguirre Rojas, G. Dalla Corte, I. Sansoni</p>	<p>8 <i>Historia cultural: fuentes, categorías y debates</i> P. Piccato, E. Van Young, N. Jaffary</p>
<p>4 <i>Población afromexicana. Mestizaje y vida cotidiana</i> M. Restall, J. M. de la Serna, P. Carroll, B. Vinson, N. A. Castillo Palma</p>	<p>9 <i>Prensa obrera</i> C. Illades, J.A. Piquerías, J. Casanovas, V. Sanz, J. MacGregor, S. Pérez Toledo.</p>
<p>5 <i>Género y cultura en la historia moderna de México y Argentina</i> S. Buck, A. Ruiz, C. Ramos, L. Orellana, O. Acha, L. Bieber, E. Dik</p>	<p>10 <i>Nación y nacionalismos</i> C. Illades, E. Beatty, P. Yankelevich, S. Pérez Toledo, B. Connaughton</p>
<p>11 E. Servín, A. Buriano,</p>	

Informes y suscripciones: shis@xanum.uam.mx